

EL DIA QUE EE.UU. NO INVADIO NICARAGUA

AFP

AFP

Con tropas norteamericanas a sólo 26 kilómetros de la frontera nicaragüense, sandinistas y contras suscribieron esta semana un cese del fuego por sesenta días que interrumpe una guerra que en siete años causó más de 50.000 muertos. La tregua congeló, al menos momentáneamente, un desenlace que ya parecía inminente: la invasión de los Estados Unidos.

ETC.
Investigación y reportajes Página/12

EL DIA QUE ESTADOS UNIDOS NO INVADIO...

LOS CONTRAS EN LA LINEA DE FUEGO

Por Walter Goobar



A principios de diciembre de 1985, la firma Frost & Sullivan, una compañía neoyorquina que investiga los riesgos políticos para las inversiones extranjeras en distintos lugares del mundo, publicó un informe sobre los problemas predecibles para 1986 en 85 naciones. A fines de ese año —vaticinaba el documento— se agudizaría el conflicto centroamericano y aumentarían las posibilidades de una intervención norteamericana en la región. Nicaragua y El Salvador figuraban entre los países catalogados como de "más alto riesgo", según Frost & Sullivan. "Las probabilidades de injerencia norteamericana abierta en El Salvador disminuyeron en los últimos años, pero las posibilidades de una intervención en Nicaragua se han incrementado: la administración Reagan parece determinada a derrocar a los sandinistas para 1988", aseguraba el estudio, citado por Roberto Bardini en el libro *Monjes, mercenarios y mercaderes*. El pasado viernes 18 de marzo, el impredecible Ronald Reagan reactualizó aquella predicción sobre el futuro de Nicaragua: Reagan vaticinó la sucesiva caída en manos del comunismo de los países centroamericanos, que constituirían un bloque hostil a los Estados Unidos en su propia puerta, generando una situación semejante a la existente en Europa. "Esta es su meta", sentenció Reagan, recurriendo, a renglón seguido, y para reforzar sus afirmaciones a una supuesta cita de Lenin que preveía "que las batallas finales se desarrollarían en América latina y —según Reagan—, una vez que los comunistas la hubiesen ocupado, no necesitarían tomar los Estados Unidos... Aquel país, caería en sus manos extendidas como una fruta madura". Horas más tarde diversos funcionarios de la Casa Blanca admitieron que la cita de Lenin sólo existía en la imaginación del presidente, aunque reconocieron que Reagan la utilizaba frecuentemente en privado para reafirmar sus convicciones.





La cita era apócrifa, pero horas antes Reagan había estampado su firma en una orden auténtica para enviar 3200 soldados norteamericanos a territorio hondureño, a escasos 25 kilómetros de la frontera nicaragüense, con la misión de frenar el desbande de los contras ante la ofensiva sandinista. De acuerdo con los informes de inteligencia de la Casa Blanca, el Ejército Popular Sandinista había capturado las pistas de aterrizaje utilizadas por los contras sobre ambas márgenes de la frontera y —si no se detenía la ofensiva nicaragüense— en cuestión de horas los sandinistas tomarían uno de los principales arsenales rebeldes, que contenía 30 toneladas de armas, aproximadamente la mitad de su parque total de guerra. "El problema de los contras no es la falta de armas o municiones", declaró un analista en temas de defensa del Congreso, aludiendo a la capacidad de fuego de los contras que incluye los temibles misiles "Redeye" (Ojo Rojo), que han causado cuantiosas bajas en la flota de helicópteros que los sandinistas utilizan para detectar a los contras. "Simplemente han perdido la voluntad de pelear", agregó el experto norteamericano.

El repliegue de la contra había comenzado en enero último, a la vez que los sandinistas demostraban una creciente ansiedad en dar duros golpes a los rebeldes antes del comienzo de la estación de lluvias en mayo, pero fundamentalmente para convertir las conversaciones cara a cara, registradas en Sapoa esta semana, en una rendición incondicional de los alzados.

Regalo del cielo

"Ya nos echamos a otro avión hijo e'puta", gritó el jefe de la 55 Brigada del Ejército Popular Sandinista Bosco Zenteno, cuando el inconfundible sonido de un cohete tierra-aire que no provenía de la videocasetera, interrumpió la película que Zenteno veía con un grupo de amigos el 24 de enero en San Carlos. Zenteno olvidó rapidamente al karateka Norris que luchaba contra los malos del Vietcong. El avión derribado, procedente de Honduras, realizaba uno de tantos vuelos de reaprovisionamiento para la contra que tanto Honduras como Nicaragua por razones distintas preferían no reconocer.

Aquella noche San Carlos fue una fiesta, el avión derribado fue un regalo del cielo para la revolución. Para los contras operando en las provincias de Jinotega y Matagalpa la necesidad de reabastecerse los obligó a replegarse hacia la zona de Bocay, donde fueron permanentemente emboscados por los sandinistas. Tras el corte de la ayuda militar norteamericana registrado el 29 de febrero los contras se vieron ante la alternativa de apartarse del axioma básico de la guerra de guerrillas y presentar batalla frontal contra un ejército regular que los acosaba. "Soldado vivo sirve para otra guerra", aunque más no sea en el terreno político, razonaron, y se batieron en una desordenada retirada para salvar lo que salvar se pueda, primordialmente, el pellejo.

"Nuestro punto de vista, personal", declaró uno de los jefes del gabinete de asesores de la Casa Blanca, citado anónimamente por *Newsweek*, "es que esta operación es la equivalente a cuando rescatamos a la gente de los techos de nuestra embajada en Saigón. Estamos próximos a contemplar el fin de la guerra".

La decisión de la administración Reagan de enviar tropas a Honduras, que no entrarían formalmente en combate, pero que servirían de advertencia a Nicaragua, a la vez que obligaban al presidente hondureño José Azcona Hoyos a repeler la incursión nicaragüense, podría atribuirse —en parte— al pánico inmediato que causó en la Casa Blanca la inminencia de la derrota militar de los "luchadores de la libertad" que en siete años de guerra, a pesar del millonario apoyo económico, militar y político, no habían logrado establecer "una zona liberada", ni una cabecera de playa. O tal vez respondía a una decisión anterior, coincidente con los cuasi infalibles pronósticos de los impasibles Frost & Sullivan, que en 1986 no llegaron a cumplirse a causa del estallido de un escándalo difícil de prever.

Misión en México

El 20 de noviembre de 1986, el entonces embajador especial del presidente Reagan para Centroamérica, Philip Habib, iniciaba una de las misiones más importantes de su carrera diplomática. Habib llegó a México, para entrevistarse con el presidente Miguel de la Madrid y sus principales asesores en política exterior. El enviado especial, junto al embajador norteamericano en México, Charles Pilliod, evitó las formalidades y fue directamente al grano: "Después de recitar el descontento de la Casa Blanca, Habib anunció que su gobierno había decidido invadir militarmente Nicaragua", contó un diplomático que conoció detalles de la reunión, citado por el semanario español *El Globo*: "Lo más grave es que no vino a pedir apoyo ni a informar, sino a notificar". En privado, Habib dijo a De la Madrid que su gobierno vería con muy buenos ojos si México reaccionaba a la invasión con un silencio apropiado.

Los planes de invasión no tardaron en llegar a Managua. Los comandantes sandinistas recibieron la información de los países miembros del Grupo de Contadora. Cuatro días más tarde, la maldición de Alá cayó sobre la Casa Blanca. Como correspondía, fueron los periódicos árabes los primeros en dar la noticia. Algún periodista acuñó, el término Irangate, que más tarde cambió de denominación para llamarse al affaire Irán-contras. Mientras Oliver North se hacia famoso, el escándalo del desvío de fondos para los contras provenientes de las ventas clandestinas de armas a Irán, obligaba a Ronald Reagan a deshacerse de Oliver North y archivar el plan de invasión reactualizado días atrás con el envío de tropas norteamericanas a Honduras. Por esas extrañas coincidencias de la historia, que no son casualidades, el anuncio de la intervención fue realizado solo cuatro horas después de conocerse el procesamiento del ex coronel Oliver North.

AFP

LOS CONTRAS EN LA LINEA DE FUEGO

Por Walter Goobar

A principios de diciembre de 1985, la firma Frost & Sullivan, una compañía neoyorquina que investiga los riesgos políticos para las inversiones extranjeras en distintos lugares del mundo, publicó un informe sobre los problemas predecibles para 1986 en 85 naciones. A fines de ese año —vaticinaba el documento— se agudizaría el conflicto centroamericano y aumentarían las posibilidades de una intervención norteamericana en la región. Nicaragua y El Salvador figuraban entre los países catalogados como de "más alto riesgo", según Frost & Sullivan. "Las probabilidades de injerencia norteamericana abierta en El Salvador disminuyeron en los últimos años, pero las posibilidades de una intervención en Nicaragua se han incrementado: la administración Reagan parece determinada a derrocar a los sandinistas para 1988", aseguraba el estudio, citado por Roberto Bardini en el libro *Monjes, mercenarios y mercaderes*. El pasado viernes 18 de marzo, el impredecible Ronald Reagan reactualizó aquella predicción sobre el futuro de Nicaragua: Reagan vaticinó la sucesiva caída en manos del comunismo de los países centroamericanos, que constituirían un bloque hostil a los Estados Unidos en su propia puerta, generando una situación semejante a la existente en Europa. "Esta es su meta", sentenció Reagan, recurriendo, a renglón seguido, y para reforzar sus afirmaciones a una supuesta cita de Lenin que preveía "que las batallas finales se desarrollarían en América latina y —según Reagan—, una vez que los comunistas la hubiesen ocupado, no necesitarían tomar los Estados Unidos... Aquel país, caería en sus manos extendidas como una fruta madura". Horas más tarde diversos funcionarios de la Casa Blanca admitieron que la cita de Lenin sólo existía en la imaginación del presidente, aunque reconocieron que Reagan la utilizaba frecuentemente en privado para reafirmar sus convicciones.

MÉXICO
BELICE
GUATEMALA
EL SALVADOR
HONDURAS
Tegucigalpa
Bocay
NICARAGUA
L. de Managua
Managua
L. de Nicaragua
COSTA RICA
Océano Pacífico
Mar Caribe
CUBA
HAITI
PANAMA
COLOMBIA
ZONA DE LA INVASIÓN SEGÚN EE UU
0 100 200 km.



La cita era apócrifa, pero horas antes Reagan había estampado su firma en una orden auténtica para enviar 3200 soldados norteamericanos a territorio hondureño, a escasos 25 kilómetros de la frontera nicaragüense, con la misión de frenar el desbande de los contras ante la ofensiva sandinista. De acuerdo con los informes de inteligencia de la Casa Blanca, el Ejército Popular Sandinista había capturado las pistas de aterrizaje utilizadas por los contras sobre ambas márgenes de la frontera y —si no se detenía la ofensiva nicaragüense— en cuestión de horas los sandinistas tomarían uno de los principales arsenales rebeldes, que contenía 30 toneladas de armas, aproximadamente la mitad de su parque total de guerra. "El problema de los contras no es la falta de armas o municiones", declaró un analista en temas de defensa del Congreso, aludiendo a la capacidad de fuego de los contras que incluye los temibles misiles "Redeye" (Ojo Rojo), que han causado cuantiosas bajas en la flota de helicópteros que los sandinistas utilizan para detectar a los contras. "Simplemente han perdido la voluntad de pelear", agregó el experto norteamericano.

El repliegue de la contra había comenzado en enero último, a la vez que los sandinistas demostraban una creciente ansiedad en dar duros golpes a los rebeldes antes del comienzo de la estación de lluvias en mayo, pero fundamentalmente para convertir las conversaciones cara a cara, registradas en Sapoa esta semana, en una rendición incondicional de los alzados.

Regalo del cielo

"Ya nos echamos a otro avión hijo e'puta", gritó el jefe de la 55 Brigada del Ejército Popular Sandinista Bosco Zenteno, cuando el inconfundible sonido de un cohete tierra-aire que no provenía de la videocasetera, interrumpió la película que Zenteno veía con un grupo de amigos el 24 de enero en San Carlos. Zenteno olvidó rapidamente al karateka Norris que luchaba contra los malos del Vietcong. El avión derribado, procedente de Honduras, realizaba uno de tantos vuelos de reaprovisionamiento para la contra que tanto Honduras como Nicaragua por razones distintas preferían no reconocer.

Aquella noche San Carlos fue una fiesta, el avión derribado fue un regalo del cielo para la revolución. Para los contras operando en las provincias de Jinotega y Matagalpa la necesidad de reabastecerse los obligó a replegarse hacia la zona de Bocay, donde fueron permanentemente emboscados por los sandinistas. Tras el corte de la ayuda militar norteamericana registrado el 29 de febrero los contras se vieron ante la alternativa de apartarse del axioma básico de la guerra de guerrillas y presentar batalla frontal contra un ejército regular que los acosaba. "Soldado vivo sirve para otra guerra", aunque más no sea en el terreno político, razonaron, y se batieron en una desordenada retirada para salvar lo que salvar se pueda, primordialmente, el pellejo.

"Nuestro punto de vista, personal", declaró uno de los jefes del gabinete de asesores de la Casa Blanca, citado anónimamente por *Newsweek*, "es que esta operación es la equivalente a cuando rescatamos a la gente de los techos de nuestra embajada en Saigón. Estamos próximos a contemplar el fin de la guerra".

La decisión de la administración Reagan de enviar tropas a Honduras, que no entrarían formalmente en combate, pero que servirían de advertencia a Nicaragua, a la vez que obligaban al presidente hondureño José Azcona Hoyos a repeler la incursión nicaragüense, podría atribuirse —en parte— al pánico inmediato que causó en la Casa Blanca la inminencia de la derrota militar de los "luchadores de la libertad" que en siete años de guerra, a pesar del millonario apoyo económico, militar y político, no habían logrado establecer "una zona liberada", ni una cabecera de playa. O tal vez respondía a una decisión anterior, coincidente con los cuasi infalibles pronósticos de los impasibles Frost & Sullivan, que en 1986 no llegaron a cumplirse a causa del estallido de un escándalo difícil de prever.

Misión en México

El 20 de noviembre de 1986, el entonces embajador especial del presidente Reagan para Centroamérica, Philip Habib, iniciaba una de las misiones más importantes de su carrera diplomática. Habib llegó a México, para entrevistarse con el presidente Miguel de la Madrid y sus principales asesores en política exterior. El enviado especial, junto al embajador norteamericano en México, Charles Pilliod, evitó las formalidades y fue directamente el grano: "Después de recitar el descontento de la Casa Blanca, Habib anunció que su gobierno había decidido invadir militarmente Nicaragua", contó un diplomático que conoció detalles de la reunión, citado por el semanario español *El Globo*: "Lo más grave es que no vino a pedir apoyo ni a informar, sino a notificar". En privado, Habib dijo a De la Madrid que su gobierno vería con muy buenos ojos si México reaccionaba a la invasión con un silencio apropiado.

Los planes de invasión no tardaron en llegar a Managua. Los comandantes sandinistas recibieron la información de los países miembros del Grupo de Contadora. Cuatro días más tarde, la maldición de Alá cayó sobre la Casa Blanca. Como correspondía, fueron los periódicos árabes los primeros en dar la noticia. Algún periodista acuñó, el término Irangate, que más tarde cambió de denominación para llamarse al affaire Irán-contras. Mientras Oliver North se hacía famoso, el escándalo del desvío de fondos para los contras provenientes de las ventas clandestinas de armas a Irán, obligaba a Ronald Reagan a deshacerse de Oliver North y archivar el plan de invasión reactualizado días atrás con el envío de tropas norteamericanas a Honduras. Por esas extrañas coincidencias de la historia, que no son casualidades, el anuncio de la intervención fue realizado solo cuatro horas después de conocerse el procesamiento del ex coronel Oliver North.

AFP

SIETE AÑOS CON OLOR A POLVORA

Julio 1979: Dos días después de la caída del dictador Anastasio Somoza, los sandinistas entran en Managua.

Agosto 1980: Los sandinistas posponen las elecciones nacionales hasta 1984.

Marzo 1981: La Argentina comienza a entrenar a fuerzas exiliadas de Nicaragua.

Agosto 1981: Adolfo Calero, Enrique Bermúdez y otros lanzan las Fuerzas Democráticas Nicaragüenses (FDN), los contras, en Guatemala.

Abril 1982: En Costa Rica, Edén Pastora, declara la guerra a los sandinistas. Pero también se niega a aliar sus fuerzas con el FDN, que él llama "esencialmente somocista".

Diciembre 1982: El Congreso de Estados Unidos aprueba la primera reforma Boland, prohibiendo ayuda a los contras para derrocar al gobierno sandinista.

Setiembre 1983: La CIA toma un control directo en el abastecimiento y la dirección de las operaciones de los contras desde bases hondureñas.

Mayo 1984: Los Estados Unidos presionan a Pastora a unirse con las FDN y esto causa la ruptura de su alianza antisandinista ARDE con base en Costa Rica.

Mayo 1984: Estallan bombas (un episodio aún no resuelto) en una conferencia de prensa de Pastora en La Penca, Costa Rica. Pastora escapa con lesiones menores.

Octubre 1984: El Congreso adopta una segunda reforma Boland, que suspende la ayuda militar directa o indirecta de los Estados Unidos a los contras. Ya está en marcha el abastecimiento dirigido por el NSC (Consejo Nacional de Seguridad).

Noviembre 1984: La mayoría de los grupos de la oposición boicotean las elecciones nacionales de Nicaragua.

Junio de 1985: Con el auspicio de los Estados Unidos, Calero, Arturo Cruz y Alfonso Robelo forman la UNO, Oposición Nicaragüense Unificada.

Agosto 1985: El Congreso otorga a los contras 27 millones de dólares para asistencia no letal. Continúa la prohibición de ayuda militar.

Julio-diciembre 1985: Los contras informan sobre importantes avances.

Marzo 1986: Columnas sandinistas atacan bases de los contras dentro de Honduras, y los informes dicen que los rebeldes nunca han estado en peores condiciones.

Octubre 1986: El Congreso aprueba una partida de 100 millones de dólares para los contras, el 70 % para ayuda letal.

Noviembre 1986: El fiscal general de Estados Unidos, Edwin Meese III, revela que las ganancias de la venta secreta de armas a Irán fueron usadas para apoyar a los contras.

Diciembre 1986: Las tropas sandinistas empujan a las fuerzas contras hacia Honduras.

Marzo 1987: Cruz deja la UNO. La organización pronto se desintegra.

Mayo 1987: La Resistencia Democrática, una nueva conducción contra formada por seis miembros, se establece en Miami.

Septiembre 1987: Los contras dicen haber ganado terreno firme en Nicaragua.

Febrero 1988: Las conversaciones entre Managua y los representantes contras son suspendidas por su mediador, cardenal Miguel Obando y Bravo.

Marzo 1988: El 23 se firma en Sapoa un acuerdo entre los contras y el gobierno nicaragüense para mantener un cese del fuego por 60 días.

JOHNNY FUE A LA GUERRA

Por José Comas (enviado especial de El País en Tegucigalpa)

Tropas de Estados Unidos de la 82ª División Aerotransportada de Fort Bragg (Texas), la misma unidad que intervino en 1985 en la invasión de la isla caribeña de Granada, iniciaron el domingo 20 de marzo maniobras en el departamento hondureño de El Paraíso, a tan sólo 25 kilómetros de la frontera con Nicaragua.

Nadie podría imaginarse que en medio de un páramo perdido, sin señales de ninguna clase, podrían aterrizar los Hércules C 10, en una minúscula pista de tierra. Sólo la enorme polvareda y unos helicópteros que sobrevuelan la zona delatan la presencia de las tropas de Estados Unidos, que el pasado jueves y viernes habían llegado a Honduras y el domingo iniciaron sus ejercicios militares cerca de Danli, a escasos kilómetros de la frontera con Nicaragua.

En las proximidades de la pista de aterrizaje un sargento hondureño es el único vestigio de fuerzas nacionales. El joven, de cabeza rapada y orejas considerables, impide el paso a los curiosos y explica que "no pueden pasar. Son órdenes de los americanos". Sonríe algo avergonzado el sargento, como sorprendido en falta, cuando se le pregunta si es Estados Unidos quien manda en Honduras. La aparición, a bordo de un jeep, del teniente coronel Rich Rinaldo, oficial de prensa del Comando Sur con sede en Panamá, sirve de "ábrete sésamo" a un grupo de periodistas desplazado desde Tegucigalpa con la intención de palpar de cerca el clima de guerra, pero que sólo consiguieron llenar sus ojos y pulmones con el polvo que levantaban los aviones al aterrizar sobre una pista de tierra construida en unas maniobras de 1984 y que fue ampliada el año pasado.

Rinaldo explica que el ejercicio "es el más realista, porque los soldados no recibieron notificación del lugar adónde se dirigían. Estas maniobras prueban que podemos ir a cualquier lado, en cualquier momento y rápidamente".

Según los datos que facilitan los oficiales de prensa de Estados Unidos, participan en el ejercicio, a un paso de la frontera con Nicaragua, 700 soldados estadounidenses y 300 hondureños. De los hondureños no se divisa ni rastro y los oficiales estadounidenses sonríen, entre incómodos y divertidos, cuando se les pregunta por los hondureños. "Para ser honesto no te puedo decir dónde están. Deben estar en sus posiciones. Vamos a hacer un ejercicio combinado, pero vamos a ver cómo hacemos esa combinación."

El mayor (comandante) Ned Inniss, de 35 años, oficial de información que se presenta con la cara pintada y traje de campaña, explica que la regla de no acercarse hasta 20 millas (32 kilómetros) de la frontera con Nicaragua "ha quedado sin efecto", pero asegura que "nuestra única consideración es no poner las tropas de Estados Unidos en peligro. Las maniobras están diseñadas para prestar apoyo al gobierno hondureño. En ningún momento nuestros soldados estarán en peligro, es una misión puramente de entrenamiento".

El oficial declara: "Nos sentimos bien mostrándoles a los sandinistas lo que podemos. Es nuestra misión y nuestra meta en la vida. Somos soldados estadounidenses y estamos siempre listos para obedecer las órdenes que nos den, no las discutimos. Desempeñamos nuestra misión y lo hacemos tan bien como podemos".

Para Inniss, las maniobras "no contienen un mensaje beligerante sino sólo se trata de hacerle ver al observador casual que tenemos la capacidad de traer gente hasta aquí en número y fuerza considerable". A preguntas de este periódico, el mayor declaró que participó en la invasión de Granada, pero llegó "cuando todo estaba terminado". A la pregunta de si estaría listo para ir a Nicaragua, respondió el oficial que "eso serían especulaciones, pero si recibimos la orden, claro que estaríamos listos".

Entre los soldados que participan en el ejercicio de Las Lomas abundan los negros y no se advierte la presencia de hispanos. El cabo primero Robert Turner Junior, de 24 años, es cocinero y dice que "me encanta el clima aquí. No tengo miedo. Yo sólo soy cocinero". Turner piensa que está en Honduras por "alguna cosa que tiene que ver con los contras, que están jodiendo en la frontera". A la pregunta de si no son sandinistas los que "están jodiendo", Turner responde: "Ah, sí". Otro cabo de Texas, que no quiere dar su nombre, reconoce que tiene mucho miedo, "te entrenan un año para combate y aquí estamos. Es asombroso. Yo creo que ha llegado el momento para una nueva guerra. La I Guerra Mundial, la II Guerra Mundial, Corea, Vietnam, y ahora yo estoy aquí, en Honduras". El cabo explica que "no nos han dicho nada de la situación. No nos dijeron adónde íbamos hasta que no estábamos dentro del avión".

A la hora del rancho dos sargentos de comunicaciones están tumbados en el suelo, rodeados por cinco niños hondureños de los cuales tres van descalzos y uno calza botas de fútbol. Los niños miran ansiosos la comida que toman los estadounidenses. Uno de los sargentos antes de comerse toda su "hamburguesa con salsa barbacoa" deja un trozo para que lo compartan los cinco niños hondureños y les advierte que "es un poco para cada uno".

Ron Farnsworth, un sargento de Wisconsin, de 24 años, comenta que "me joden las protestas en casa contra este envío de tropas. ¿Acaso parecemos nosotros matones sanguinarios? Estamos aquí sólo en un ejercicio. Si alguno nos dice que nos vayamos de aquí para hacer tal cosa, lo hacemos, es nuestro trabajo".

ACUERDO EN SAPOA

EL SILENCIO DE LAS ARMAS

Por Pablo Buccini, desde Managua

Después de siete años de cruentas luchas, el gobierno sandinista y los contras elaboraron en tres días una tregua por dos meses a partir del 1° de abril próximo y parecen decididos a alcanzar de inmediato la paz definitiva.

El repentino cambio de posición —las mutuas concesiones hechas para arribar al acuerdo— tiene una sola lectura: la toma de conciencia de que la guerra no permitirá a ninguno de los contendientes derrotar definitivamente al otro.

Una alta fuente del gobierno de Nicaragua dijo, poco antes del inicio de la reunión de Sapoa, que los sandinistas no querían para su país un futuro como el del Líbano y que iban a la reunión con los contras decididos a llegar a un acuerdo.

Aunque el principal impulsor de la guerra, el presidente norteamericano Ronald Reagan, no logró su objetivo de aplastar a los sandinistas, éstos tuvieron que resignar todos sus sueños para volcarse de lleno a la defensa del país.

Los revolucionarios que llegaron al poder en julio de 1979 armaron una sólida base de poder popular, distribuyeron cientos de miles de fusiles y crearon un ejército que desterró los planes con que la Casa Blanca y su brazo ejecutor, los contras, buscaban destronar a los sandinistas.

La imposibilidad de constituirse en alternativa de poder parece haber dado lugar en los últimos meses dentro de la Resistencia a una corriente proclive a la negociación política.

Alfredo César, uno de los líderes rebeldes que sucribió el acuerdo de Sapoa, emergió con claridad como una de las figuras de la nueva política que inició la Resistencia en el puesto fronterizo con Costa Rica.

Incorporado poco tiempo atrás a la contra —como sandinista disidente acompañó a Edén Pastora en su fracasada intentona insurgente y creó luego el bloque opositor del sur (GO), integrado el año último a la Resistencia— César se define como un "socialista democrático" y anunció que conformará de inmediato su propio partido político que contará con el necesario respaldo económico de fuertes sectores del Partido Demócrata de Estados Unidos y el ala derecha de la socialdemocracia europea y latinoamericana.

Los sandinistas, que llegaron a la conclusión de que sus exitosas acciones militares, sobre todo la ofensiva en el borde fronterizo con Honduras de la semana pasada, no son suficientes para derrotar definitivamente a su contrincante, ofrecieron a los contras y a la administración Reagan "no sólo una agenda de paz sino también una salida para que sus sucesores no hereden este tren de guerra, para que la nueva administración pueda iniciar otra clase de política", según afirmó su órgano de prensa, el matutino *Barricada*.

Por lo sorpresivo, el acuerdo descolocó prácticamente a todos. En la Casa Blanca el tibio respaldo a la tregua indicó que los contras llegaron a Sapoa dejando de lado, por primera vez, al ya feneciente gobierno de Ronald Reagan con el que no se quieren hundir, y mostraron sus ligaduras —sobre todo César— con los demócratas de ese país.

Algunos líderes rebeldes, como la socialcristiana Azucena Ferrey, incluso anunciaron inicialmente su rechazo al acuerdo pero no se cree posible a esta altura que puedan torcer la nueva realidad.

Tampoco aquellos sandinistas más radicales, sobre todo quienes combaten con la memoria fresca de sus parientes caídos en la lucha contra Somoza o la resistencia, podrán evitar la avalancha de paz que se precipita.

En busca de la paz

Sapoa está emparentada con Esquipulas II, el documento que los cinco presidentes del área firmaron el 7 de agosto último en Guatemala. Básicamente aquel acuerdo estableció un camino de convivencia entre el gobierno sandinista y sus pares de la región, signado por el reconocimiento de la administración de Daniel Ortega, a cambio de un mayor espacio democrático para la oposición política interna.

Seis meses y medio después de Esquipulas, los sandinistas ofrecen a la Resistencia todas las garantías para su reinserción en la vida cívica, incluyendo el derecho a participar en los comicios para el Parlamento Centroamericano y las elecciones municipales y nacionales.

El primer intento serio de poner fin a la espiral guerrerista centroamericana —que tiene su epicentro en Nicaragua pero que también incluye a El Salvador, Honduras, Guatemala y Costa Rica— fue lanzado desde fuera del área por cuatro naciones latinoamericanas que se reunieron en la isla panameña de Contadora en enero de 1983, para iniciar un proceso negociador que evitará el estallido y la expansión del conflicto a todo el continente.

El esfuerzo del Grupo de Contadora (Panamá, Colombia, México y Venezuela) al que luego se sumaron cuatro naciones sudamericanas (Brasil, Perú, Uruguay y Argentina) no pudo materializar un acuerdo, pero logró que los cinco países aceptaran buscar una salida negociada a la crisis.

El Plan Arias

La llegada al poder de Vinicio Cerezo a Guatemala en enero de 1986 produjo un cambio en la correlación de fuerzas regionales. Su política de "neutralidad viva" quebró el bloque único contra Nicaragua que funcionaba hasta entonces. Dos iniciativas del nuevo presidente de ese país: la creación del Parlamento Centroamericano —en proceso de formación— y la reunión de los cinco jefes de Estado en Esquipulas (mayo de 1987), abrieron las puertas por primera vez a que los propios centroamericanos llegaran a un acuerdo.

Muy desprestigiada por su alineamiento con dos naciones poco democráticas como Honduras y El Salvador, Costa Rica empezó





JOHNNY FUE A LA GUERRA

Por José Comas (enviado especial de El País en Tegucigalpa)

Tropas de Estados Unidos de la 82ª División Aerotransportada de Fort Bragg (Texas), la misma unidad que intervino en 1985 en la invasión de la isla caribeña de Granada, iniciaron el domingo 20 de marzo maniobras en el departamento hondureño de El Paraíso, a tan sólo 25 kilómetros de la frontera con Nicaragua.

Nadie podría imaginarse que en medio de un páramo perdido, sin señales de ninguna clase, podrían aterrizar los Hércules C 10, en una minúscula pista de tierra. Sólo la enorme polvareda y unos helicópteros que sobrevuelan la zona delatan la presencia de las tropas de Estados Unidos, que el pasado jueves y viernes habían llegado a Honduras y el domingo iniciaron sus ejercicios militares cerca de Danli, a escasos kilómetros de la frontera con Nicaragua.

En las proximidades de la pista de aterrizaje un sargento hondureño es el único vestigio de fuerzas nacionales. El joven, de cabeza rapada y orejas considerables, impide el paso a los curiosos y explica que "no pueden pasar. Son órdenes de los americanos". Sonríe algo avergonzado el sargento, como sorprendido en falta, cuando se le pregunta si es Estados Unidos quien manda en Honduras. La aparición, a bordo de un jeep, del teniente coronel Rich Rinaldo, oficial de prensa del Comando Sur con sede en Panamá, sirve de "ábrete sésamo" a un grupo de periodistas desplazado desde Tegucigalpa con la intención de palpar de cerca el clima de guerra, pero que sólo consiguieron llenar sus ojos y pulmones con el polvo que levantaban los aviones al aterrizar sobre una pista de tierra construida en unas maniobras de 1984 y que fue ampliada el año pasado.

Rinaldo explica que el ejercicio "es el más realista, porque los soldados no recibieron notificación del lugar adónde se dirigían. Estas maniobras prueban que podemos ir a cualquier lado, en cualquier momento y rápidamente".

Según los datos que facilitan los oficiales de prensa de Estados Unidos, participan en el ejercicio, a un paso de la frontera con Nicaragua, 700 soldados estadounidenses y 300 hondureños. De los hondureños no se divisa ni rastro y los oficiales estadounidenses sonríen, entre incómodos y divertidos, cuando se les pregunta por los hondureños. "Para ser honesto no te puedo decir dónde están. Deben estar en sus posiciones. Vamos a hacer un ejercicio combinado, pero vamos a ver cómo hacemos esa combinación."

El mayor (comandante) Ned Inniss, de 35 años, oficial de información que se presenta con la cara pintada y traje de campaña, explica que la regla de no acercarse hasta 20 millas (32 kilómetros) de la frontera con Nicaragua "ha quedado sin efecto", pero asegura que "nuestra única consideración es no poner las tropas de Estados Unidos en peligro. Las maniobras están diseñadas para prestar apoyo al gobierno hondureño. En ningún momento nuestros soldados estarán en peligro, es una misión puramente de entrenamiento".

El oficial declara: "Nos sentimos bien mostrándoles a los sandinistas lo que podemos. Es nuestra misión y nuestra meta en la vida. Somos soldados estadounidenses y estamos siempre listos para obedecer las órdenes que nos den, no las discutimos. Desempeñamos nuestra misión y lo hacemos tan bien como podemos".

Para Inniss, las maniobras "no contienen un mensaje beligerante sino sólo se trata de hacerle ver al observador casual que tenemos la capacidad de traer gente hasta aquí en número y fuerza considerable". A preguntas de este periódico, el mayor declaró que participó en la invasión de Granada, pero llegó "cuando todo estaba terminado". A la pregunta de si estaría listo para ir a Nicaragua, respondió el oficial que "eso serían especulaciones, pero si recibimos la orden, claro que estaríamos listos".

Entre los soldados que participan en el ejercicio de Las Lomas abundan los negros y no se advierte la presencia de hispanos. El cabo primero Robert Turner Junior, de 24 años, es cocinero y dice que "me encanta el clima aquí. No tengo miedo. Yo sólo soy cocinero". Turner piensa que está en Honduras por "alguna cosa que tiene que ver con los contras, que están jodiendo en la frontera". A la pregunta de si no son sandinistas los que "están jodiendo", Turner responde: "Ah, sí". Otro cabo de Texas, que no quiere dar su nombre, reconoce que tiene mucho miedo, "te entrenan un año para combate y aquí estamos. Es asombroso. Yo creo que ha llegado el momento para una nueva guerra. La I Guerra Mundial, la II Guerra Mundial, Corea, Vietnam, y ahora yo estoy aquí, en Honduras". El cabo explica que "no nos han dicho nada de la situación. No nos dijeron adónde íbamos hasta que no estábamos dentro del avión".

A la hora del rancho dos sargentos de comunicaciones están tumbados en el suelo, rodeados por cinco niños hondureños de los cuales tres van descalzos y uno calza botas de fútbol. Los niños miran ansiosos la comida que toman los estadounidenses. Uno de los sargentos antes de comerse toda su "hamburguesa con salsa barbacoa" deja un trozo para que lo compartan los cinco niños hondureños y les advierte que "es un poco para cada uno".

Ron Farnsworth, un sargento de Wisconsin, de 24 años, comenta que "me joden las protestas en casa contra este envío de tropas. ¿Acaso parecemos nosotros matones sanguinarios? Estamos aquí sólo en un ejercicio. Si alguno nos dice que nos vayamos de aquí para hacer tal cosa, lo hacemos, es nuestro trabajo".

SIETE AÑOS CON OLOR A POLVORA

Julio 1979: Dos días después de la caída del dictador Anastasio Somoza, los sandinistas entran en Managua.

Agosto 1980: Los sandinistas posponen las elecciones nacionales hasta 1984.

Marzo 1981: La Argentina comienza a entrenar a fuerzas exiliadas de Nicaragua.

Agosto 1981: Adolfo Calero, Enrique Bermúdez y otros lanzan las Fuerzas Democráticas Nicaragüenses (FDN), los contras, en Guatemala.

Abril 1982: En Costa Rica, Edén Pastora, declara la guerra a los sandinistas. Pero también se niega a aliar sus fuerzas con el FDN, que él llama "esencialmente somocista".

Diciembre 1982: El Congreso de Estados Unidos aprueba la primera reforma Boland, prohibiendo ayuda a los contras para derrocar al gobierno sandinista.

Setiembre 1983: La CIA toma un control directo en el abastecimiento y la dirección de las operaciones de los contras desde bases hondureñas.

Mayo 1984: Los Estados Unidos presionan a Pastora a unirse con las FDN y esto causa la ruptura de su alianza antisandinista ARDE con base en Costa Rica.

Mayo 1984: Estallan bombas (un episodio aún no resuelto) en una conferencia de prensa de Pastora en La Penca, Costa Rica. Pastora escapa con lesiones menores.

Octubre 1984: El Congreso adopta una segunda reforma Boland, que suspende la ayuda militar directa o indirecta de los Estados Unidos a los contras. Ya está en marcha el abastecimiento dirigido por el NSC (Consejo Nacional de Seguridad).

Noviembre 1984: La mayoría de los grupos de la oposición boicotean las elecciones nacionales de Nicaragua.

Junio de 1985: Con el auspicio de los Estados Unidos, Calero, Arturo Cruz y Alfonso Robelo forman la UNO, Oposición Nicaragüense Unificada.

Agosto 1985: El Congreso otorga a los contras 27 millones de dólares para asistencia no letal. Continúa la prohibición de ayuda militar.

Julio-diciembre 1985: Los contras informan sobre importantes avances.

Marzo 1986: Columnas sandinistas atacan bases de los contras dentro de Honduras, y los informes dicen que los rebeldes nunca han estado en peores condiciones.

Octubre 1986: El Congreso aprueba una partida de 100 millones de dólares para los contras, el 70 % para ayuda letal.

Noviembre 1986: El fiscal general de Estados Unidos, Edwin Meese III, revela que las ganancias de la venta secreta de armas a Irán fueron usadas para apoyar a los contras.

Diciembre 1986: Las tropas sandinistas empujan a las fuerzas contras hacia Honduras.

Marzo 1987: Cruz deja la UNO. La organización pronto se desintegra.

Mayo 1987: La Resistencia Democrática, una nueva conducción contra formada por seis miembros, se establece en Miami.

Septiembre 1987: Los contras dicen haber ganado terreno firme en Nicaragua.

Febrero 1988: Las conversaciones entre Managua y los representantes contras son suspendidas por su mediador, cardenal Miguel Obando y Bravo.

Marzo 1988: El 23 se firma en Sapoa un acuerdo entre los contras y el gobierno nicaragüense para mantener un cese del fuego por 60 días.

ACUERDO EN SAPOA

EL SILENCIO DE LAS ARMAS

Por Pablo Buccini, *desde Managua*

Después de siete años de cruentas luchas, el gobierno sandinista y los contras elaboraron en tres días una tregua por dos meses a partir del 1º de abril próximo y parecen decididos a alcanzar de inmediato la paz definitiva.

El repentino cambio de posición —las mutuas concesiones hechas para arribar al acuerdo— tiene una sola lectura: la toma de conciencia de que la guerra no permitirá a ninguno de los contendientes derrotar definitivamente al otro.

Una alta fuente del gobierno de Nicaragua dijo, poco antes del inicio de la reunión de Sapoa, que los sandinistas no querían para su país un futuro como el del Líbano y que iban a la reunión con los contras decididos a llegar a un acuerdo.

Aunque el principal impulsor de la guerra, el presidente norteamericano Ronald Reagan, no logró su objetivo de aplastar a los sandinistas, éstos tuvieron que resignar todos sus sueños para volcarse de lleno a la defensa del país.

Los revolucionarios que llegaron al poder en julio de 1979 armaron una sólida base de poder popular, distribuyeron cientos de miles de fusiles y crearon un ejército que desterró los planes con que la Casa Blanca y su brazo ejecutor, los contras, buscaban destronar a los sandinistas.

La imposibilidad de constituirse en alternativa de poder parece haber dado lugar en los últimos meses dentro de la Resistencia a una corriente proclive a la negociación política.

Alfredo César, uno de los líderes rebeldes que sucribió el acuerdo de Sapoa, emergió con claridad como una de las figuras de la nueva política que inició la Resistencia en el puesto fronterizo con Costa Rica.

Incorporado poco tiempo atrás a la contra —como sandinista disidente acompañó a Edén Pastora en su fracasada intentona insurgente y creó luego el bloque opositor del sur (GO), integrado el año último a la Resistencia— César se define como un "socialista democrático" y anunció que conformará de inmediato su propio partido político que contará con el necesario respaldo económico de fuertes sectores del Partido Demócrata de Estados Unidos y el ala derecha de la socialdemocracia europea y latinoamericana.

Los sandinistas, que llegaron a la conclusión de que sus exitosas acciones militares, sobre todo la ofensiva en el borde fronterizo con Honduras de la semana pasada, no son suficientes para derrotar definitivamente a su contrincante, ofrecieron a los contras y a la administración Reagan "no sólo una agenda de paz sino también una salida para que sus sucesores no hereden este tren de guerra, para que la nueva administración pueda iniciar otra clase de política", según afirmó su órgano de prensa, el matutino *Barricada*.

Por lo sorpresivo, el acuerdo descolocó prácticamente a todos. En la Casa Blanca el tibio respaldo a la tregua indicó que los contras llegaron a Sapoa dejando de lado, por primera vez, al ya feneciente gobierno de Ronald Reagan con el que no se quieren hundir, y mostraron sus ligaduras —sobre todo César— con los demócratas de ese país.

Algunos líderes rebeldes, como la socialcristiana Azucena Ferrey, incluso anunciaron inicialmente su rechazo al acuerdo pero no se cree posible a esta altura que puedan torcer la nueva realidad.

Tampoco aquellos sandinistas más radicales, sobre todo quienes combaten con la memoria fresca de sus parientes caídos en la lucha contra Somoza o la resistencia, podrán evitar la avalancha de paz que se precipita.

En busca de la paz

Sapoa está emparentada con Esquipulas II, el documento que los cinco presidentes del área firmaron el 7 de agosto último en Guatemala. Básicamente aquel acuerdo estableció un camino de convivencia entre el gobierno sandinista y sus pares de la región, signado por el reconocimiento de la administración de Daniel Ortega, a cambio de un mayor espacio democrático para la oposición política interna.

Seis meses y medio después de Esquipulas, los sandinistas ofrecen a la Resistencia todas las garantías para su reinserción en la vida cívica, incluyendo el derecho a participar en los comicios para el Parlamento Centroamericano y las elecciones municipales y nacionales.

El primer intento serio de poner fin a la espiral guerrerista centroamericana —que tiene su epicentro en Nicaragua pero que también incluye a El Salvador, Honduras, Guatemala y Costa Rica— fue lanzado desde fuera del área por cuatro naciones latinoamericanas que se reunieron en la isla panameña de Contadora en enero de 1983, para iniciar un proceso negociador que evitará el estallido y la expansión del conflicto a todo el continente.

El esfuerzo del Grupo de Contadora (Panamá, Colombia, México y Venezuela) al que luego se sumaron cuatro naciones sudamericanas (Brasil, Perú, Uruguay y Argentina) no pudo materializar un acuerdo, pero logró que los cinco países aceptaran buscar una salida negociada a la crisis.

El Plan Arias

La llegada al poder de Vinicio Cerezo a Guatemala en enero de 1986 produjo un cambio en la correlación de fuerzas regionales. Su política de "neutralidad viva" quebró el bloque único contra Nicaragua que funcionaba hasta entonces. Dos iniciativas del nuevo presidente de ese país: la creación del Parlamento Centroamericano —en proceso de formación— y la reunión de los cinco jefes de Estado en Esquipulas (mayo de 1987), abrieron las puertas por primera vez a que los propios centroamericanos llegaran a un acuerdo.

Muy desprestigiada por su alineamiento con dos naciones poco democráticas como Honduras y El Salvador, Costa Rica empezó





EL SILENCIO DE LAS ARMAS

a buscar también nuevos rumbos. Su nuevo presidente, Oscar Arias, al llegar al poder quiso reflotar la imagen neutral de su país, desdibujada por su antecesor Luis Alberto Monge que había estado implicado en la red de asistencia ilegal a los contras fundada por la Casa Blanca en 1984 y 1985 (el llamado escándalo Irán-contras). De la mano de Arias, los costarricenses se lanzaron también a la búsqueda de una salida política a la crisis.

Un factor común obligó en estos años, además, a los cinco países a no llegar a una guerra generalizada (aunque muchas veces estuvo en la cuerda floja): el fuerte vínculo económico entre las cinco naciones y el empobrecimiento generalizado que los llamados nuevos términos del intercambio produjeron a todos por igual.

Productores principalmente de café —y en segundo lugar de azúcar, carne y granos básicos— los centroamericanos se perjudicaron gravemente con la caída de los precios de sus artículos de exportación y la suba de los bienes de importación, que les dejó ingresos por unos pocos cientos de millones de dólares al año, absorbido con creces por los saldos comerciales negativos.

Sólo una política de integración económica, la captación de grandes inversiones externas y la paz en el área podrían permitir la recuperación de la región, evitando así que el conflicto se propagara a países que como Costa Rica, hasta ahora recibían los problemas de sus vecinos sólo de rebote.

En este marco, llegaron los cinco presidentes en agosto pasado a Guatemala (Nicaragua por un lado, Honduras y El Salvador por otro, y Guatemala y Costa Rica en el medio), y suscribieron el plan de paz ideado por Arias, una fórmula de distensión que prevé el cese de los conflictos armados internos, el fin de la asistencia externa a los grupos irregulares, el no uso del territorio de un país para agredir a otro y la democratización.

Rendición de cuentas

Aunque el Plan Arias se refería a los cinco países, la atención se centró sobre Nicaragua (país que poco a poco fue dando los pasos establecidos en el documento). Inicialmente Vinicio Cerezo conformó una Comisión de Reconciliación Nacional e inició un diálogo en España con la insurgencia, nucleada en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) pero luego cortó toda comunicación con los guerrilleros y les exigió firmar la deposición de las armas.

Igual actitud asumió su colega salvadoreño, José Napoleón Duarte, quien mantuvo un encuentro con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), trabado por la intransigencia del mandatario de reclamarles a los rebeldes su virtual rendición.

En Honduras, José Azcona no hizo nada por cumplir su compromiso: los contras se mantuvieron de huéspedes en su territorio gozando de todos los beneficios imaginables, aunque la presencia de los combatientes de la Resistencia causó creciente malestar entre campesinos y productores cafetaleros desplazados a la fuerza e inclusive en sectores del ejército de este país.

Aunque la presencia de los contras en Costa Rica no fue tan descarada como en tiempos de Monge, se mantuvo hasta el presente, pese a los anuncios en sentido contrario hechos por Arias y unas cuantas detenciones antisandinistas que practicaron en los últimos meses.

En enero de este año los presidentes centroamericanos se volvieron a reunir, esta vez en San José, ocasión en la que se comprobó que los sandinistas no sólo eran los únicos que estaban cumpliendo medianamente con los compromisos y sobre quienes recaían todas las miradas, sino también los más interesados de que el proceso de paz no se acabara.

Para evitar la ruptura del Plan Arias, Managua aceptó no sólo la disolución de la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento de los Acuerdos (CIVS), la que en una gira por la región en enero de 1988 demostró el incumplimiento de todos por igual, sino que se comprometió a aplicar además los acuerdos de inmediato, cosa que ahora ha cumplido en forma casi definitiva con lo ocurrido esta semana en Sapoa.

Fuentes: Time, Newsweek, Cambio 16, El País.



EL APRENDIZ DE BRUJO

Por Ernesto Tiffenberg

Cuando todavía no soñaba con pasar a la historia por los acuerdos de desarme nuclear firmados con Mijail Gorbachov, el presidente norteamericano reservaba su nombre para una "modesta" modificación en la doctrina estratégica de Estados Unidos. Ni el desarrollo de las Fuerzas de Despliegue Rápido, ni la cinematográfica guerra de las galaxias recibieron el honor de su apellido. En realidad, lo que se conoce como "Doctrina Reagan" es una vieja obsesión del secretario de Estado George Shultz: "Si bien hubo un tiempo en que los soviéticos podían suponer que cualquier descontento era susceptible de convertirse en una insurrección, vemos aparecer una nueva forma de lucha; la de la gente que, en todo el mundo, arriesga su vida contra el despotismo comunista".

En su mensaje al pueblo de la Unión de enero de 1985 el presidente, siempre más concreto, afirmó que Estados Unidos "apoyará a aquellos que juegan sus vidas en cada continente, de Afganistán a Nicaragua, resistiendo las agresiones sostenidas por los soviéticos". La nueva orientación, que no conforme con la "contención" del comunismo buscaba un *roll back* (reversión) de los últimos avances revolucionarios, generó un curioso problema en el discurso oficial de la Casa Blanca. "Vistos desde Washington —se encargó de remarcar el director de *Le Monde Dipolomatique*, Claude Julien— los guerrilleros son *resistentes* en Afganistán, *agentes de la subversión* en El Salvador, *combatientes de la libertad* en Nicaragua y, en este último caso, hasta 'equivalentes morales' —según Reagan— de los padres fundadores".

Más allá de las contradicciones lingüísticas, la firma de la tregua por 60 días entre sandinistas y contras en Sapoa, sumada a las negociaciones en curso tanto en Angola como en Afganistán, parecen señalar la necesidad de dar un vistazo sobre el recorrido de una doctrina que, a un costo de centenares de miles de muertos, inscribirá en la historia de la estrategia el apellido del presidente norteamericano más alejado de las lucubraciones éticas o teóricas.

Guerrilla, marca registrada

Reagan descubrió los beneficios de la guerrilla y el terrorismo en el momento en que tanto la Unión Soviética como China parecían descreer de sus potencialidades como motor del cambio social. La URSS había reducido al mínimo su apoyo al Nuevo Ejército del Pueblo filipino, y negaba cualquier relación, más allá de la ocasional solidaridad ideológica, con los insurgentes colombianos, peruanos, chilenos o salvadoreños. Por su parte, China prácticamente abandonó a su suerte a las guerrillas del sudeste asiático. En ese contexto, Estados Unidos comenzó a cultivar sus "guerreros de la libertad". Primero en forma clandestina —como después se conoció con el estallido del Irangate— recurriendo a fondos reservados o mal habidos del ejército y la CIA, o directamente a grupos privados ultraconservadores dispuestos a reemplazar ilegalmente al Congreso en el sostén de la lucha anticomunista.

Posteriormente el propio Congreso votaría la ayuda a los rebeldes, con mayores o menores divergencias de acuerdo al destino de los fondos. El apoyo a los combatientes afganos casi no produjo discusiones. Desde la invasión soviética en 1979 la ayuda norteamericana superó largamente los mil millones de dólares. No son tantas las simpatías hacia la Unión Nacional por la Independencia Total de Angola (UNITA), encabezada por el poco presentable Jonas Savimbi, que sigue dependiendo en gran parte de los fondos privados y del respaldo sudafricano, a pesar de que en 1985 se derogó la enmienda Clarke, que prohibía toda ayuda a los rebeldes angoleños.

Sin embargo es Nicaragua el país que concentra las miradas. En los otros casos Estados Unidos financió y armó fuerzas rebeldes ya existentes. En Centroamérica, fue la iniciativa norteamericana la que convirtió a unos mil ex guardias somocistas dispersos en un "ejército" entrenado por militares argentinos en territorio de Honduras. En diciembre de 1981 los contras recibieron en "secreto" sus primeros 19 millones de dólares. En esa época el objetivo todavía era "tomar la Punta de Jalapa, declararla zona liberada, instalar allí un gobierno provisional y pedir ayuda militar a los gobiernos amigos, como los de Estados Unidos, Honduras y Argentina", según explicó Pedro Javier Núñez Cabezas, uno de los primeros jefes rebeldes. Pero ya en 1983, se abandonaron las intenciones iniciales para entrar de lleno en lo que en el Pentágono denominan "conflicto de baja intensidad".

La revisión crítica de la guerra de Vietnam implicó profundas modificaciones tanto en los conceptos como en las tácticas militares estadounidenses. El propio George Shultz se encargó de reformular la definición de "triunfo", que ahora "consistiría en negar la victoria al adversario de modo que se vuelvan posibles las soluciones políticas", en oposición al "derrumbe enemigo" acuñado durante la Segunda Guerra Mundial.

Replanteados los objetivos, los esfuerzos de los contras se concentraron en el desgaste económico y político, que contribuyera a deslegimizar al régimen, y obligarlo a negociar en malas condiciones su lugar en el aparato estatal y particularmente en el militar. Fijada la meta, los contras no repararon en los medios. Asesinatos en la población civil, sabotaje económico, violaciones. Después de todo, como señala Sam Sarkesián, uno de los teóricos de los conflictos de baja intensidad, "éstos no concuerdan con las nociones democráticas de táctica y estrategia. La revolución y la contrarrevolución desarrollan su propia moralidad y su propia ética, que justifican todos los medios para lograr el éxito. Sobrevivir es la moralidad fundamental".

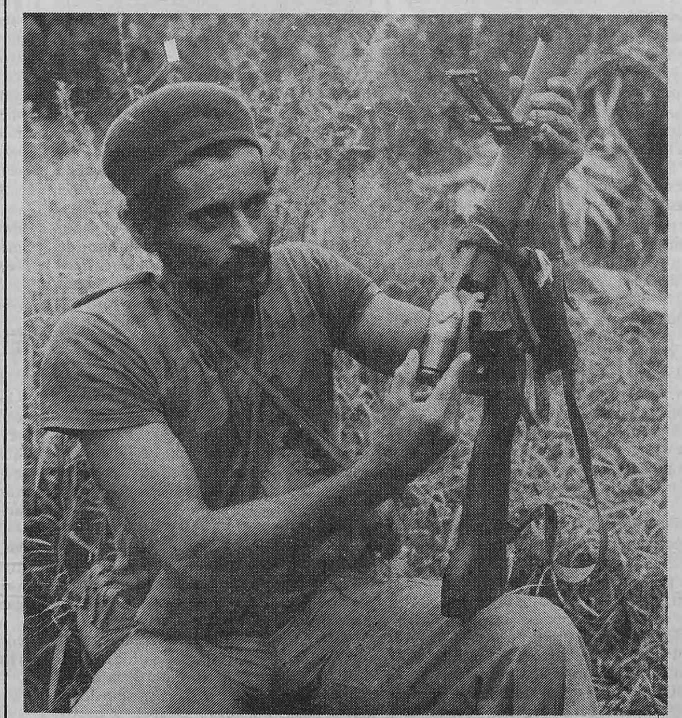
El riesgo del descontrol

La promesa soviética de iniciar el retiro de sus tropas el 15 de mayo aceleró las negociaciones entre los gobiernos de Afganistán y Pakistán, además de acrecentar las tensiones entre las siete fracciones musulmanas de la resistencia. Nadie descartó el surgimiento de un nuevo Irán cuando el último tanque soviético cruce la frontera, y los rebeldes no parecen dispuestos a facilitar ningún acuerdo que estabilice la situación. Ellos no quieren, como Estados Unidos, sólo una retirada, sino que sueñan venganza por tantos años de enfrentamientos y cada sector atesora la esperanza de alzarse con todo el poder.

En Angola la situación se está "afganizando". No sólo porque Washington entregó a UNITA los temibles misiles *Stinger*, que tanto daño causaron a los Mig soviéticos en el cielo asiático, sino porque la guerrilla no parece muy dispuesta a seguir mansamente las instrucciones estadounidenses. En negociaciones reservadas, el gobierno de Angola se mostró favorable a un retiro de los 40 mil soldados cubanos y hasta a la conformación de un gobierno de coalición con UNITA, bajo la condición del cese de las invasiones sudafricanas y el alejamiento de Savimbi. Como respuesta, el líder rebelde acaba de formar un gobierno paralelo destinado a dificultar las negociaciones.

El caso nicaragüense es aún más complejo. Aunque no puede prever qué tipo de inundación provocará su escoba en Angola y Afganistán, el aprendiz de brujo de la Casa Blanca seguramente proclamará su éxito ante la ofensiva negociadora iniciada en todos los frentes por Gorbachov. Sin embargo, en los términos en que fue redactada la tregua por 60 días, el compromiso de Sapoa implica una aceptación de la impotencia militar de la contra, y una legitimación del poder político y militar de los sandinistas. No puede extrañar entonces el poco disimulado fastidio con que Washington recibió las novedades, y puede esperarse una ofensiva destinada a boicotearlas, o por lo menos a imponer dos modificaciones sustanciales: incorporar la disolución del Ejército Sandinista y la formación de uno nuevo con las fuerzas rebeldes, y crear un gobierno de transición compartido que convoque a las próximas elecciones.

Si no lo consigue, Reagan comprobará en carne propia algo que los soviéticos y los chinos conocen sobradamente. Es más fácil armar y sostener una guerrilla que mantenerla bajo estricto control, de acuerdo a los intereses nacionales de cualquier potencia que se precie.



Contra preparando un ataque sobre posiciones sandinistas.